

Friedrich Hölderlin

y la tradición clásica

Julio Borromé

Hace poco tiempo, en ocasión de una lección de griego, me enteré de las Jornadas de Investigación en Literatura promovidas por los departamentos de Lenguas y Literaturas Clásicas y Literatura Hispanoamericana y Venezolana respectivamente. Mi asombro quedó expuesto en lo que es: en algo misterioso. Y me cuesta imaginar que yo sea el único en verse sacudido por esta iniciativa. Creo que, así como consideramos el entusiasmo en vísperas del encuentro, también cabe preguntarse por los años de silencio de los que tienen la responsabilidad de fomentar un espacio para la discusión y el debate. Es evidente, pues, el ferviente acercamiento de los estudiantes al diluvio de las palabras. En sus esfuerzos evocativos surge la chispa de las ideas y el temblor de las pasiones. Celebro con alborozo el comienzo de una copulación extramarital; la desnudez no es un contacto entre conocidos, mas bien la dicha de gozar la literatura en silencio y a veces con un cuerpo luminoso enredado en la alquimia de los dedos.

Desde entonces, el sueño habita en la vigilia hojeando los pasos del viajero sin equipaje; anda en movimiento interno sin alcanzar nunca la luz del Destino.

Ahora cuando la Cátedra Simón Bolívar es la morada de la palabra, danzan los mitos y las metáforas; alberga dentro de sí el origen de las cosas, la invención del otro, el salto ecuestre de la imaginación. Cortazar, Rulfo, Meneses, Sófocles, Platón, Hölderlin y el Gabo dando vueltas por ahí, son algunos de los autores que

se harán eco de infinitas voces. Me parece que si la eternidad habita en el silencio, bueno, hagamos una excepción y desatemos los hilos del tiempo y comience la opera con un Do de pecho.

Para empezar, mi ponencia lleva por título Friedrich Hölderlin y la Tradición clásica. Es entonces cuando comienza la misteriosa visita de la poesía a las zonas silvestres de la imaginación. ¿Acaso pudieran encontrarse el canto de Homero y la poesía de Hölderlin?

Tocados por los dioses y las Musas nunca dejan de mostrar el drama de la naturaleza humana. Por un lado, el ciego de Esmirna desvela el pasado absoluto con la llama de Apolo; la leyenda atribuye el nacimiento de Homero a la simiente del dios, por el otro, Hölderlin es el ángel caído que viste el laurel que lo lleva a los infiernos de la condición humana y allí no resiste la grandeza de los dioses y el amor de Diotima, su musa.

Homero es el crisol donde se funde el pasado absoluto con el tiempo del poeta. Es él, un navío que lleva a bordo el pedestal de los dioses y transfigurados en una nueva cosmovisión blanden la ira por encima de sus cabezas. No hay testimonio escrito, sólo en la Ilíada se mencionan en los cantos cuarto y sexto algunas referencias a una posible inscripción en tablillas de arcilla. En efecto, ¿Dónde buscar a los dioses homéricos? ¿En los elementos? ¿En el carácter antropomórfico de las divinidades? ¿Cómo explicar el asedio a Troya y no honrar la memoria de los héroes? ¿Cómo llamar el rapto de Helena sin sentir compasión por la virginidad no tocada, envidia de las diosas y fantasma en la mentalidad de los griegos? ¿Acaso se justifica la Ilíada como el poema de Occidente donde confluyen las pasiones y el engaño de los dioses?

Aunque no podemos estar seguros de hasta que punto son adecuadas estas valoraciones, las resonancias perduran en el alma a expensas de otras. Son muchas más audibles porque contrastan con la desventurada historia de Europa. Todos sabemos que los pueblos invasores tienen una poderosa psicología de afirmar el poder, y aunque Homero nos muestra lo más hermoso y terrible – he allí su grandeza-, no podemos asentir en el motivo de la guerra la característica inherente de los pueblos. Allí están los Dorios, los Aqueos, los Mirmidones, los Troyanos, escuchan sus gritos, el ruido de las armas, la caída del escudo, la lanza en medio de la garganta. ¿Quiénes son, los indoeuropeos? ...eureka

En Homero todo es vivo, todo habita en la naturaleza con singular prestancia. Los dioses están en abrazo inmanente con los mortales, las des-

lumbrantes batallas entre los Aqueos y Troyanos arden hasta llegar a los oídos de Zeus. Hécuba y Príamo se lamentan de la muerte de su hijo Héctor. La totalidad de las acciones de los dioses y mortales parece tener un orden que va más allá de sus propias decisiones.

El canto de Homero abarca toda la historia de la divinidad, con la inclusión de lo que hubo antes en la oscura temeridad del tiempo y de lo que habrá después de la hecatombe. También nos atrevemos a decir que Homero es el humanista por antonomasia, y entiendo que el destino de la palabra es la creación de mundos; y alguien dijo: hágase la luz, el Verbum es Dios, el Logos palabra, fue, es y será. La torre de Babel y el Laberinto de Borges. Si Homero desnuda la verdad, es una revelación que siempre estaba ahí, en silencio, murmurando de estación al vuelo del pájaro nocturno.

Ahora bien, no vivió Hölderlin con el espíritu en la Grecia de su juventud? Él no soportaba el mundo que a su alrededor latía, no escuchó el murmullo de los bosques en Tubinga ni en Lauffen; ese espíritu alado miraba la Hélade y su cultura con los ojos de un niño que por vez primera se asoma al pozo de las estrellas. Homero y Hölderlin aparecen unidos pero con la extraña indumentaria de un ojo luminoso que nombra las cosas y las escribe con el bastón que abre el cielo.

Donde ubicar la poesía de Hölderlin y su momento histórico es un misterio al menos para quien esto escribe. Llegar a ser poeta supone estar imbuido en el estado especial de percepción del mundo y de sus relaciones. El asombro de los filósofos dispuesto a devorarse el principio de las cosas termina por el inconmensurable deseo de aprehender la totalidad. El poeta en cambio tiene la llave de entrada a la única puerta que le está reservada desde que el tiempo se hizo eternidad en la palabra. Nombrar las cosas es una comprensión de un momento en el cual lo nombrado pasa a significar pensamiento y más que pensamiento. Estamos al borde o quizás en el abismo de la poesía, pero la palabra es el umbral que sostiene al poeta cuando las fuerzas irresistibles del corazón sueltan las amarras de los conceptos y parecen tener un exilio reconocido por los dioses. Hölderlin responde al temerario intento de decir sobre el misterio de la poesía. Se dice de ella y el silencio vive la presencia de la luz, la misma que el autor de Empédocles buscó hasta perder la cordura. Pero quién está loco, Hölderlin o el Espíritu de su Tiempo, o como dice Platón en el *Ión* que los poetas sufren una especie de locura que los conecta con sus dioses y sus mensajeras, las Musas. El Apolo de Hölderlin es el mismo que envía cruel peste a la tierra y Diotima es su Musa, las que le hablaron a Homero y a Hesíodo. La que enseñó a Sócrates la

virtud y quizás el goce del lecho. La poesía nace al ser nombrada, tiene origen divino y a veces se cuele de manera imprevista, súbita, buscando un alma dispuesta a dejarse poseer por el amor y los demonios. Por la verdad y la angustia de no poder ver a los dioses Hölderlin les reclama a las Parcas un poco más de tiempo para vivir como un dios mientras canta como un cisne. La poesía en Hölderlin es mucho más que el acto de la comunicación, más aún que el artificio de los sonidos. El primor y la hondura de su poesía es lo más parecido a un silencio que dice cosas; es una experiencia del lector con los poemas.

En los poemas de Hölderlin los ojos del alma griega expresan lo más inefable y nos recuerdan atisbos de lo que significó para el poeta mirarse en los ojos de la eterna Hélade. Una mirada de sí mismo volcada en los paisajes y plátanos de la Grecia de sus sueños. El poeta vivió entre los más angustiosos contratiempos que minaron su constitución física ya raptada por los dioses y destinada al silencio. Algunos lugareños lo habían visto con los ojos desorbitados buscando entre los arbustos el laurel que le permitió la entrada en el mundo de la divinidad. Pero ahora cuando la oscuridad tiñe su clara frente duerme el sueño de la ausencia con el alma difuminada por el mundo de los entes.

Desde hace tiempo hablar de poesía nos impide clasificar a los poetas; dejemos eso por cuenta de los historiadores de la literatura. Mientras tanto vamos a sumergirnos en algunos versos que escogí un buen día cuando apenas mi voz comenzaba a tener el tono de los adultos.

Grecia

Bajo la sombra de los plátanos,
Los jóvenes soñaban con la gloria;
Donde Sócrates conquistaba los corazones
Y Aspasia pasaba entre los mirtos(...)
¿De todo ese siglo de oro, por qué
el destino no te ha resuelto una parte?
Aquellos deliciosos atenienses
Eran tan dignos de tus inflamados cantos
Apoyado contra tu lira jubilosa
Bebiendo la sangre de la dulce uva de Quío, (...)
Mi deseo se vuela hacia aquel país mejor,
Hacia Alceo y Anacreonte,
Y yo, quería dormir en mi estrecha tumba,
Junto a las sombras de Maratón.

Que esta lágrima sea, pues, la última
Vertida por la sagrada Grecia
Oh Parcas, haced sonar vuestras tijeras,
Ya que mi corazón pertenece a los muertos.

El Espíritu del Siglo

Dios de estos tiempos, bastante has reinado ya
Sobre mi cabeza, en la sombría nube.
Por donde mire, todo es violencia y angustia,
Todo se tambalea y se desmorona...

El poema titulado Grecia pertenece a la época de su juventud (1789-1794) y está dedicado a Gotthold Stäudlin y el otro texto El Espíritu del Siglo, fue escrito en el período de su madurez (1798-1800). ¿Debemos tomar la distancia cronológica como un síntoma de nostalgia por el recuerdo de la amistad profunda que le procuraba a sus amigos? Creo más bien en el peculiar culto de esta alma melancólica a la inmortal Grecia, la de los ojos puros. La luz de Grecia es intemporal y su tendencia a fundirse con todas las cosas desde los cielos divinos apunta al maravilloso reino del poeta. En el poema, el mito, la historia y la naturaleza tejen un mundo propio de sentido. Allí se describe el Iliso, el río de Atenas que un día de solaz recogimiento transcurrió el diálogo de Sócrates y Fedro a la sombra de un plátano. El río Iliso tiene profundas resonancias iniciáticas, al Este se encontraba en el verdor de sus días el campo Agramos donde se celebraban en primavera los Misterios Menores. También asistimos a la enconada batalla de Teseo con el toro que asolaba la poblada llanura del Ática. Luego de verter la sangre en honor del dios Apolo el sueño se apoderó de él y Ariadna había tejido el corazón del héroe en la caverna del inconsciente. Fue allí donde se celebró la primera batalla entre griegos y persas cuando Milcíades obtuvo la victoria el año 990.aC. El poema desata los hilos de la vida y nos encontramos con las Parcas, vestidas de blanco aterran la vida de los héroes y mortales. Se llaman Cloto, Láquesis y Atropo, esta última la más terrible. Las Parcas tejen el hilo de la vida, hilado en el uso de Cloto, y medido por la vara de Láquesis a punto de ser cortado por el deseo de Atropo.

El poema Grecia invita a la relación del mito con la historia y la naturaleza. No existe en la mirada del poeta la separación de los elementos que integran la vida del poema. Todo es uno y secreto; tensión en el espíritu por ser fantasma con residencia en el habitáculum de la luz sagrada. El poema esparce las cenizas de dos héroes que se dan la mano en el campo de batalla

y aspiran a la eternidad en el tiempo ya caduco de la Historia, pero inmortal en los corazones intrépidos de la poesía.

Cuán enérgico es Hölderlin en el poema *El Espíritu del Siglo*, aunque reconoce al dios no por eso deja de pronunciar un estado de ánimo muy particular e impregnado de una profunda aversión al tiempo que le ha tocado vivir. Su mirada y amor por la Hélade entran en conmoción existencial y se le muestra la incertidumbre de los nuevos descubrimientos y azares del mundo voraz y caduco. Dice el poeta:

Todo es violencia y angustia.
Todo se tambalea y se desmorona...

Quién no quiere huir de la realidad tan cruel y llena de desesperanza. Hölderlin forja en su interior una coraza de cristal que al contacto con el mundo se quiebra en pedazos celestes y el sonido es sólo escuchado por los dioses. El poeta se lanza a la desintegración del «Yo» para encontrar quizás la huella que lo ha de llevar al lugar de donde nunca debió salir: la morada de los eternos.

A las Parcas – poema escrito entre el período de la juventud (1795-1798)- lo habita el entusiasmo de sentir la poesía como el vínculo entre él y los dioses. Ahora cuando el tiempo desata los engranajes del universo el poeta suplica pero con el tono de altivez que lo dejen cantar «un verano y un otoño más». El fuego lo abrasa en la intensidad del goce poético; necesita Hölderlin el vínculo que lo transporte al mundo de los dioses, entonces su alma deambulará por el Orco. Oh dioses dice el poeta que cante «lo más querido y sacro entre todo, la poesía.» Después del privilegio de ser dejado en libertad por las feroces Parcas, el poeta renuncia a su vida material.

Un sólo día habré vivido como los dioses
Y eso basta...

Hölderlin había escrito una tragedia con el título de *Empédocles*. Aunque no tengo referencia al texto, en su poesía aparece un poema con el mismo nombre. El deseo de eternidad que atraviesa la rosa de los vientos de los románticos está marcado por el temperamento desmesurado y secreto de la personalidad de los poetas.

En el poema *Empédocles*, el «Yo» poético toca las fronteras del espíritu. La distinción no sólo ocurre en el plano de la participación de la infini-

tud que ejerció el mayor atractivo para el poeta sino en la voz misteriosa del amor que le interroga en el tejido del mito. La voz de Hölderlin es retenida por las alas del dios Amor. Le habla en símbolos, el poeta bebe del fuego divino y renace después de ser dios sólo por un día.

La mano tiembla y los poemas de Hölderlin suenan en mi cabeza como cristales; no soy el mismo desde hace unas noches. Lo inconcluso es una forma de adquirir la certeza de la rebeldía. Si dije o dejé de decir, no es esto fama o condena. A ustedes los invito a reconciliarse con la poesía, en cambio «yo» desconozco las huellas de mi memoria.